

justamente el pintor sale de una rutina que se hace mecánica, como en *Gran composición* (1958), tela de 2.13 x 2.10 m. de ambiente azul como una niebla espesa. Figuras rituales antropomórficas —cabezas equinas, alas o picos de pájaros— parecen mostrarse de perfil como en un relieve egipcio. No hay volúmenes, pero sí en cambio la trabazón que falta en muchos otros cuadros de esa misma época.

Por los años 70 proliferan unas pequeñas telas más puramente gráficas: a punta de pincel Lam dibuja diablillos y caballos estilizados, repitiendo sus enigmáticos losanges una y otra vez. Quedan aun, en la muy completa exposición, vitrinas de grabados para ilustrar libros de amigos, muros enteros de dibujos, y en fin unas cinco esculturas en bronce "no escultóricas" —si puede decirse— en la tradición del Picasso escultor, aunque sin su genio. En el cubano, una escultura no pasa nunca de ser otra cosa que la concreción en bronce de un dibujo en silueta.

Es ya un lugar común hablar de los "tres grandes" de la pintura latinoamericana moderna: Tamayo, Matta, Lam. ¿Pueden acaso compararse sus actitudes, sus resultados? Tamayo me parece más completo pintor que los otros dos, menos repetido, desdénando sus éxitos de línea, de color, de empaque para lanzarse perpetuamente —a su riesgo— en la nueva aventura que lo regenera como a un eterno joven que siempre recomienda.

Matta, en cambio, es más irónico que sus compañeros de trilogía: desde los pequeños homúnculos garabateados en el margen de los planos que dibujaban en el estudio de Le Corbusier, hasta sus grandes telas de estos últimos treinta años, en que contra magmas azules o verdosos unas explosiones se iluminan en colores ácidos y entonados. Telas de ciencia-ficción *avant la lettre* que deslumbraron ya en los años 40 pero que se han perpetuado demasiado en nuestro tiempo.

Lam y Matta fueron, por último, los hombres de un solo descubrimiento: cada uno el suyo. Descubrimiento que supieron explotar a lo largo de toda su madurez en una nota quizá fatigosamente monocorde: hasta el punto de que tenemos la impresión de encontrarnos frente a un enigma del que

ya conocemos la solución antes de enfrentarlo.

Detrás de Tamayo, son ellos tal vez por último los mejores de esa generación. No olvidemos empero que otros vienen pisándoles los talones, un plantel de maestros que la mayoría del público y la crítica no sabe aun reconocer. Cuando algunos de esos nuevos artistas lleguen a la notoriedad —como algunos de ellos ya lo están haciendo— será a su vez el momento de compararlos con quienes los precedieron. Tocándonos así asistir nos tocará asistir otra vez a la antigua y dramática "hora de la verdad".

Letrillas

Alemania: nacionalismo y pacifismo

Octavio Paz

Asistimos, desde hace algún tiempo, a un renacimiento del pacifismo. El fenómeno es, simultáneamente, explicable e inquietante. Explicable, ante la amenaza nuclear, el pacifismo parece ser una reacción natural y legítima. Inquietante: muchos piensan que el desarme unilateral de Occidente —e incluso el mero desgaste de su capacidad defensiva— invitará a Moscú a desencadenar el ataque. El actual equilibrio militar —ligeramente favorable a Rusia— nos ha preservado del estallido. El pacifismo, que en el pasado no evitó contienda alguna, podría ahora precipitar la tercera guerra mundial. En numerosos pasados de *Vuelta* nos hemos ocupado de este tema y de otro al que está ligado estrechamente: la defensa de Occidente o, mejor dicho, la defensa de las instituciones democráticas en Occidente y en otras partes del mundo. (Véanse los artículos de Castoriadis y de Octavio Paz así como el comentario de Aquilino Duque en los números 81 y 83 de *Vuelta*).

Hay un aspecto del pacifismo contemporáneo que no hemos tratado en nuestra revista y que hoy es objeto de polémicas violentas en Europa, sobre

todo en Francia y Alemania: el pacifismo alemán. La influencia del viejo nacionalismo es visible en el movimiento y se ejerce en una doble dirección, como fuerza de atracción y como fuerza animadora. Por ejemplo, en las manifestaciones y declaraciones de los pacifistas alemanes aparece una reivindicación que, aparte de ser justa, es profundamente popular en ese país: la reunificación de las dos Alemanias. Es claro que mientras subsista la dominación comunista en Alemania Oriental, la unificación es una quimera. Pero esta aspiración puede ser utilizada por la Unión Soviética y sus agentes para ahondar las divisiones de Occidente y tratar de separar aun más a los alemanes del resto de la Europa democrática. Otro rasgo intranquilizador del neo-nacionalismo pacifista alemán es un anti-americanismo que muchas veces se niega a distinguir (o distingue solo verbalmente y de mala gana) entre la naturaleza del totalitarismo ruso y los Estados Unidos. En los últimos meses el movimiento pacifista alemán ha tenido que enfrentarse a las críticas de muchos intelectuales y periodistas europeos, entre ellos numerosos socialistas franceses. Algunos hablan de "nacional pacifismo" germano. Es una exageración pero es una exageración reveladora de los temores que despierta entre sus vecinos un renacimiento del nacionalismo alemán.

La prensa de México apenas si ha hecho eco del debate europeo sobre este tema y de ahí que publiquemos, por cortesía de *Le Nouvel Observateur* y de *El Día*, una entrevista con el conocido novelista y pacifista alemán Gunther Grass, que defiende los puntos de vista del movimiento, frente a las críticas de dos socialistas franceses: Jean Daniel y Jacques Julliard.

Los pacifistas y la paz

Jean Daniel

Entramos pues en un periodo de turbulencias pacifistas. En varias capitales europeas se han reunido las multitudes para manifestar contra la guerra y, más precisamente, contra eso

que, según ellas, la favorece: es decir, la próxima instalación sobre el suelo europeo de misiles americanos Pershing. La mayor parte de los manifestantes son jóvenes, no violentos si pueden, y por todos conceptos simpáticos.

Con todo, es una historia extraña. En 1977, la Unión Soviética inició el despliegue sobre su suelo de misiles SS20. Ese despliegue constituía un cambio cualitativo. El misil SS20, menos vulnerable y más preciso que el que lo había precedido, amenazaba directamente los objetivos militares europeos; estaba destinado a "alcances limitados", por lo tanto extremadamente confiables. En ningún momento aquellos que se convertirían en los pacifistas de hoy se sintieron inquietos. No hubo ni manifiesto de intelectuales alemanes ni manifestación. Sólo a partir de diciembre de 1979, es decir: en el momento en que los occidentales decidieron en Bruselas oponer a los misiles Soviéticos SS20, ya instalados, un proyecto de despliegue en 1983 de misiles Pershing, ciertas poblaciones comenzaron a tener miedo. Dicho de otro modo, esos que se llaman pacifistas se sintieron menos amenazados por la *realidad* de los misiles soviéticos que por el *proyecto* de instalación de los misiles americanos. Como si, implícitamente en todo caso, hubieran aceptado una suerte de protección soviética.

Sin duda, como lo dice más adelante el novelista alemán Gunther Grass, es injurioso sostener que esos pacifistas muestran cualquier complacencia al considerar al régimen soviético. Puede incluso decirse que es el miedo que les inspira la URSS lo que los incita a imaginar más concretamente un conflicto suscitado por respuestas brutales a las torpezas de Occidente. Es importante conocer ese punto de vista hoy compartido, lo lamentemos o no, por millones de europeos. Es necesario conocerlo bien si queremos darle la vuelta.

Pero no es menos evidente que los soviéticos mismos han contado mucho para los pacifistas. Movilizando a sus aliados, a sus compañeros de ruta, a sus Movimientos por la Paz, han conseguido muchos resultados adormecedores. En noviembre de 1981, Leonid Brezhnev era recibido en Bonn por multitudes que le daban la bienvenida abucheando a los Estados Unidos y los partidarios de la instalación

de los misiles Pershing. A comienzos de 1983, dentro de la Internacional Socialista, muchos jefes de gobierno, entre ellos el sueco Olof Palme, pidieron la suspensión del proyecto de instalación de los misiles americanos. Al mismo tiempo, los soviéticos modulaban su actitud según los acontecimientos. Cuando el movimiento pacifista parecía sofocarse, hacían gestos de buena voluntad. La última proposición de reducción de las reservas de armamentos de Yuri Andropov coincide con cierta lasitud provisional del pacifismo. Pero su más prodigiosa habilidad ha consistido en aprovechar el asunto del Boeing sudcoreano para voltearlo contra los Estados Unidos. Ese drama mostraba bien que en todos momentos podemos correr el riesgo de un accidente nuclear por carambola.

En todo caso, el debate sobre el pacifismo no puede eludirse por más tiempo. Divide a mucha gente de buena fe y de buena voluntad. Pero tiene que ser iluminado, alimentado, expuesto para hacer emerger ciertas evidencias irritantes y muy ocultadas. Con ese espíritu hemos entrevistado a Günther Grass, con quien mi desacuerdo personal es completo, pero que tiene el mérito de haberme hecho comprender la inquietante especificidad germánica del pacifismo.

Traducción de Aurelio Assan

Por qué Rechazamos los Pershing

Günther Grass

En caso de guerra en Europa, el número de muertos sería demasiado elevado para permitir sepulturas individuales. Habría que excavar fosas comunes. Eso se aprende. La 26a. compañía de logística del quinto cuerpo americano en Alemania centró sus maniobras en este tema, justo antes de las grandes manifestaciones de octubre del Movimiento por la Paz. Por supuesto, los dirigentes de este movimiento aprovecharon esta medida de pata macabra de la burocracia militar, dentro del marco de su cam-

paña contra la instalación de los misiles Pershing americanos en el territorio alemán. El punto clave de esta movilización debe situarse el 22 de octubre, después de una semana de acción que culminará con manifestaciones masivas en varias ciudades grandes. En el verano pasado, muchos grupos se entrenaron en las técnicas de la no violencia y de la resistencia pasiva en "campos de la paz". Se habló mucho de Gandhi y de Martín Luther King.

La próxima semana, unos niños transformarán el patio de su escuela en zona desnuclearizada, plantearán árboles de la paz y escribirán cartas al canciller; pastores y sacerdotes rezarán por la paz, los sindicatos organizarán una jornada de resistencia en las empresas, una cadena humana se formará alrededor del barrio gubernamental de Bonn, el ministerio de la Defensa estará bloqueado por grupos pacíficos. Todo con temor a un desvío, a una provocación o a iniciativas irresponsables, individuales o de grupúsculos.

Hay movimientos por la paz en Gran Bretaña, en los países escandinavos y, sobre todo, en los Estados Unidos. Pero el de los alemanes, por razones geográficas, históricas y nacionales, no se parece a ninguno. El escritor Günther Grass, uno de los militantes más activos de este movimiento, expuso a Gérard Sandoz sus argumentos. ¿Le fueron inspirados por las buenas hadas de la prudencia o por las sirenas del derrotismo? Incluimos su alegato en el *dossier* del debate que dominará los últimos meses de 1983 y, por supuesto, daremos la palabra a aquellos que —como el gobierno francés— consideran los Pershing como indispensables para la seguridad de Europa.

Le Nouvel Observateur — La instalación de los Pershing en Alemania tiene como meta restablecer un equilibrio estratégico entre el Este y el Oeste en Europa, después de la instalación de los SS 20 soviéticos. ¿Por qué participa usted en las manifestaciones dirigidas contra el despliegue de los Pershing?

Günther Grass — Según yo, la política del equilibrio y la de la discusión ya no tienen sentido. Ya no ofrecen ninguna seguridad. En la medida en que unos y otros, los americanos y los soviéticos, inventan constantemente nuevos sistemas de armas, no